



FINALES FELICES



Nunca he creído en los finales felices. Quizá porque mi madre murió cuando apenas tenía quince años, justo cuando dejaba de ser una niña y más la necesitaba. O porque mi padre enfermó apenas acabé el instituto. Se suponía que era el momento de empezar la universidad, de volar libre y divertirme... Pero, en lugar de eso, el destino me había arrastrado a un hotel perdido, en un islote de quinientas almas en mitad del oleaje, para costear su tratamiento.

Aun así no podía quejarme.

Entre los muros de Silence Hill había conocido el trabajo duro y los malos tratos de la señora Roberts, el ama de llaves, pero también el amor de su misterioso propietario. Había amado a Patrick Groen incluso antes de ver su rostro y de saber que me correspondía.

En Sark había ganado también una amiga, Elisabeth, y el amor casi maternal de su tía, Madame Perrier... Y lo mejor de todo: mi padre se estaba recuperando.

Aquello era un final feliz en toda regla.

Un final que daba inicio a una vida fantástica junto a Patrick, en un

precioso ático de Kensington, uno de los vecindarios más elegantes de Londres.

Si miraba hacia atrás, no recordaba el momento exacto en el que aquel ser cruel y altivo, que se escondía en la oscuridad y me hacía temblar con su presencia, se había convertido en el chico soñador y dulce con quien compartía mis días. Continuaba siendo arrogante y testarudo, pero incluso eso me parecía adorable en él.

Había aprendido a amar sus sombras y a atravesar sus máscaras. También él me había ayudado a quitarme las mías. Había dejado atrás a la chica tímida y triste que arrastraba una mochila de culpas y complejos.

Juntos sumábamos y nos sentíamos capaces de todo.

Patrick estaba a punto de debutar como director y actor principal, en el Young Vic, uno de los teatros alternativos más emergentes de la ciudad. *El fantasma de Silence Hill* aún no se había estrenado y ya había logrado una mención especial en el *Daily Mirror*, y se habían agotado todas las localidades.

Yo había cumplido mi sueño de estudiar Lengua y Literatura Inglesa y me había inscripto en la Open University. La universidad a distancia me permitía compaginar la carrera con mi empleo, también a distancia, en Silence Hill. Aunque Patrick poseía una de las mayores fortunas de Londres, no me sentía cómoda viviendo completamente a su costa, y aquel empleo me alcanzaba, al menos, para pagarme los estudios. Mi trabajo consistía en comprar todo aquello que Elisabeth no encontraba en la isla, desde productos *gourmet* para la cocina, hasta artículos de menaje o piezas de decoración para el hotel. Gracias a eso, había descubierto mi pasión por las antigüedades. Disfrutaba mucho descubriendo artículos valiosos, o simplemente bellos, en los mercadillos y anticuarios de la ciudad, pero lo que más me gustaba era conocer las historias que había detrás de aquellos objetos... O inventarlas.

Según Patrick, “tenía buen gusto y un don innato para reconocer la belleza”. Lo decía con ese acento *posh* tan suyo que me hacía reír.

–No lo dirás por ti –respondía yo divertida.

–Eres curiosa y tienes olfato, como Balthazar –su gato persa se había mudado con nosotros a Londres–, pero has de reconocer, querida mía, que soy y seré siempre tu mejor adquisición.

Aquello daba pie a una batalla de cosquillas y risas.

Éramos felices, pero aun así me sentía intranquila, como si aquella dicha no fuera más que el prelude de otra tragedia.

A veces, cuando me despertaba a su lado en mitad de la noche, me abrazaba fuerte a él temiendo que se esfumara con el alba como un efímero sueño.

Las últimas semanas habían ocurrido un poco así. Patrick se marchaba temprano al teatro y no regresaba hasta la medianoche. Faltaban muy pocos días para el estreno y estaba nervioso, quería que todo saliera perfecto. De no ser por Balthazar, me hubiera sentido muy sola en aquel enorme apartamento.

Madame Perrier también contribuía a que me sintiera menos sola. La anciana médium necesitaba que alguien la ayudara con su agenda y compromisos profesionales, así que la veía tres tardes por semana. Aunque por motivos de salud se había retirado de las conferencias internacionales, Madame Morte –como todos la conocían– seguía ofreciendo charlas esporádicas en distintos centros de la ciudad. Elisabeth, su sobrina, había insistido en incluir esos “servicios” en mis honorarios, pero para ser honesta, disfrutaba tanto con su compañía que era extraño que me pagaran por ello. Con una agenda cada vez más vacía por parte de la anciana, mi labor consistía básicamente en ser su amiga.

Aun así, echaba de menos conocer gente de mi edad. La universidad a distancia contribuía a que me relacionara poco, y con los amigos de Patrick que no eran del teatro no me sentía del todo cómoda. Eran

snobs y superficiales, y me miraban con desconfianza... como si no mereciera el lugar que ocupaba junto a él.

Por suerte, aquella tarde había quedado con Ingrid. La pelirroja había venido unos días con su hija a la capital para visitar a sus padres. Hacía seis meses que no nos veíamos y me moría por saber de ella.



Un sol de otoño asomaba con timidez entre las nubes cuando entré en la estación de Holland Park. Unos minutos después, al salir de la parada de Baker Street, la lluvia había tomado el relevo.

Ingrid me esperaba apoyada contra la pared de ladrillos de la estación. Sonreí al ver su melena roja al viento y el despliegue de colores de su atuendo. Llevaba un abrigo corto y entallado de color verde, unas medias rayadas de distintos tonos y unas botas de goma amarillas. Al verme, corrió a abrazarme.

Me separé un poco para volver a mirarla y recordé el primer día que la había visto en Silence Hill, con aquel horrible peinado y unas profundas ojeras. El contraste de su ropa actual con el uniforme azul del hotel me hizo pensar que estaba delante de otra persona.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —la saludé entre risas.
—Ay, Louise... Esa chica ya no existe, créeme... ¡Soy tan feliz!

Cobijadas bajo el mismo paraguas, le pedí a Ingrid que me hablara de Silence Hill. Quería saberlo todo: su relación con Gaspar, cómo se había adaptado Mary Kate a Sark, si la señora Roberts seguía igual de cascarrabias...

La lluvia aumentó su cadencia y decidimos meternos en un café para esperar a que amainara. Mientras disfrutábamos de un té calentito y compartíamos una porción de Red Velvet, la tarta favorita de Ingrid, la pelirroja me contó emocionada su nueva vida en la isla.

Yo la escuchaba embelesada y sorprendida por lo mucho que habían cambiado allí las cosas con Elisabeth al mando. El ambiente parecía mucho más feliz y relajado. Incluso la señora Roberts se había marchado al hotel vecino.

–¡Eso sí que merece un brindis! –exclamé, acercando mi taza a la suya.

–¡O dos! –bromeó ella volviendo a chocar nuestros tés–. Adivina quién es ahora la nueva ama de llaves.

Pedimos un trozo más de tarta roja para celebrarlo.

Aquella sí que era una buena noticia. Ingrid había sufrido mucho en ese hotel, con los abusos del viejo Groen y el maltrato constante de la señora Roberts... y que fuera feliz allí, con su hija y su nuevo cargo, hacía justicia y restablecía en cierto modo el orden de las cosas.

–¿Dónde has dejado a Mary Kate?

–Con mis padres. Esta mañana tenía que arreglar unos papeles, pero cuéntame qué tal les va a Patrick y a ti. ¿Qué han hecho durante estos meses?

Aspiré el aroma intenso a naranja, bergamota y rosas de mi Lady Grey. Aquellos meses habían sido los mejores de mi vida y recordarlos ahora con Ingrid me traía momentos maravillosos, sobre todo de nuestro verano por Europa.

Apenas dejamos la isla, nos dirigimos a Barcelona para ver a mi padre. Se llevó una gran sorpresa cuando le presenté a Patrick, aunque no tanto como yo cuando conocí a Elena, su fisioterapeuta. Me alegró saber que ya no estaba solo y que aquella mujer había sanado también su corazón, pero una parte de mí no pudo evitar sentirse triste cuando aceptó de tan buen grado que me mudara a Londres con Patrick. Había esperado algo de resistencia por su parte o alguna frase de preocupación, pero en lugar de eso se limitó a decirme: “Ya no eres una niña, Luisa, y has demostrado que sabes cuidar de ti misma. Me alegro por ti, hija”.

Aunque ya era mayor de edad, no estaba preparada para dejar de ser “su niña”. Nuestras vidas habían cambiado tanto, en tan poco tiempo, que me costaba un poco asimilarlo.

Después, antes de instalarnos en Londres, Patrick había querido viajar y mostrarme ciudades que yo solo había visto en fotografías. Nos habíamos perdido por las calles de Venecia, admirado juntos a Boticelli en Florencia y escuchado fados en Lisboa. Habíamos paseado por el Sena y hecho lo propio en el famoso Puente de los Besos de San Petersburgo.

–Me cuesta imaginarme al *señor de las sombras* viajando con una doncella por todas esas ciudades.

Reí ante la ocurrencia de Ingrid.

–Patrick no es ningún *señor de las sombras*. Es el ser más luminoso, adorable, con talento y... sexy –noté como mis mejillas se encendían ante la insinuación de aquella palabra– que he conocido jamás. Y muy pronto todo el mundo lo verá igual que yo. Está a punto de estrenar su obra y estoy segura de que será un éxito.

Había un ejemplar del *Daily Mirror* del día anterior sobre el mos-trador y lo abrí por las páginas de cultura. Le señalé a Ingrid un párrafo para que lo leyera en voz alta:

–*Una inteligente sátira sobre las costumbres británicas más arcaicas que no decepcionará a nadie...*

–Hicieron una representación previa para la prensa y los medios, y las críticas son fabulosas. Incluso le van a dedicar una portada en una revista de moda –expliqué mientras mi amiga observaba la pequeña imagen que acompañaba el texto.

En la foto, Patrick posaba junto a una chica muy sonriente. Como yo, tenía el rostro ovalado, la nariz fina y unos ojos grandes y expresivos, pero en ella esos rasgos adquirían una perfección más armónica y bella. Parecía una versión mejorada de mí misma.

Nuestro parecido era tan espectacular que Ingrid tuvo que acercarse más al papel para quitarse la duda.

–Se llama Fiona. Es la actriz principal.

–Te pareces a ella.

–Querrás decir que ella se parece a mí –respondí a la defensiva–. Interpreta a Louise en la obra.

Le conté a grandes rasgos el guion de Patrick y cómo había utilizado nuestra historia personal como base argumental de la obra.

–No puedo creer que Patrick vaya a explicar públicamente todas esas cosas de Silence Hill y de su pasado. Si el viejo Groen levantara la cabeza...

Noté cómo el cuerpo de Ingrid se estremecía ante la simple mención de su nombre. No me extrañó. A Patrick le ocurría algo parecido cuando me hablaba de su infancia. Aquel hombre había marcado a fuego a las personas de su alrededor, pero ya no había motivo para preocuparse por él.

–El señor Groen era un hombre horrible, pero está muerto y ahora todos son libres.

Había dejado de llover y aprovechamos para pasear por la calle comercial más bonita de la ciudad, Marylebone. Siempre me animaba caminar por allí y admirar no solo los escaparates, sino también los típicos edificios londinenses de ladrillo naranja. Era un lugar de contrastes, donde el rojo de las ventanas resaltaba sobre las fachadas de piedra blanca, y las pequeñas librerías y pastelerías artesanales convivían con las tiendas de moda más exclusivas. A pesar de su ubicación céntrica, se respiraba un ambiente de barrio.

Allí compraba algunos de los encargos que recibía de Elisabeth, desde piezas de cerámica antigua y telas exclusivas, hasta cosméticos orgánicos o quesos franceses. En aquella calle se encontraba también mi librería favorita, Dount Books, y la confitería preferida de Madame

Perrier, Rococo Chocolates... Eran nuestras "puertas al cielo", como solía decir ella.

Mientras observábamos el escaparate de una tiendecita *vintage*, me fijé en un vestido amarillo con falda de vuelo y cintura entallada. Ingrid insistió en que me lo probara:

–¡Te queda genial! –el espejo de cuerpo entero le dio la razón.

Durante aquellos meses había ganado algo de peso, y tanto mi figura como mis rasgos se habían dulcificado. Mi piel blanca ahora lucía sana y luminosa, sin los signos del cansancio acumulado que tenía en Sark.

–Quería un vestido para el estreno y este es precioso, pero es... ¡amarillo! Y ya sabes lo supersticiosa que es la gente del teatro.

–¡Qué tontería! Estás saliendo con un Groen y vives con todos los lujos en Londres... ¿De verdad crees que un vestido va a estropear eso?

Salí de la tienda, feliz, con mi bolsa de tela y aquella prenda envuelta en papel de seda, así que le di las gracias a Ingrid.

–Nada que agradecer –respondió–. Antes de irme pienso pedirte que me devuelvas el favor. Yo también voy a necesitar un vestido.

–¡Claro! ¿Para qué lo necesitas?

–Para una boda.

La miré sorprendida y emocionada, interrogándola sin pronunciar palabra. Ingrid asintió con la cabeza antes de soltar un grito y abrazarme.

–Gaspard y yo queremos casarnos en primavera.